

HISTORIA DE UN EMPRENDEDOR CRIOLLO

Tomás Straka

En el siglo XIX, Manuel Antonio Carreño se destacó por sus habilidades como empresario de la cultura y la educación, capaz de producir dos gigantescos éxitos comerciales de alcance internacional: el célebre Manual de urbanidad y su talentosa hija, Teresa Carreño.

EN EL OTOÑO de 1863 una niña prodigio se presenta en la Casa Blanca. Estaba por cumplir los diez años y llevaba unos cuantos como concertista. Era ya toda una celebridad. El entusiasmo con el que sus manos tocaban las teclas, la donosura con la que poco a poco iba narrando una «ópera» de su invención, el halo que la envolvía por venir de un país lejano y casi desconocido, todo conspiraba para que los empresarios del espectáculo —y los profesores de música— se la compitieran entre Boston, Nueva York, Filadelfia y La Habana, lugares en los que se había dejado oír.

Lo que ocurrió aquel día es una anécdota que se ha contado varias veces. A punto de comenzar el concierto, ya con el presidente Lincoln, su esposa y otros representantes del Gobierno aprestados a oírlo, la niña hace otra de las suyas, porque esos niños prodigios que producen fortunas siempre han sido así: se para del taburete y se niega a tocar con un piano tan desafinado como el que le han dado. Hay un momento de suspenso, pero Lincoln es un hombre que se las sabe. Con la simpatía de quien ha ganado campañas presidenciales y

sabido mantener una altísima popularidad en medio de una guerra civil que ya ha quemado medio millón de vidas, ataja la situación: «Teresita, ¿conoces mi canción favorita: *Escucha al ceniztonle (Listen to the mockingbird)?*», le pregunta. La niña asiente y la toca. Después se deja llevar por la música. Al presidente le llegaron a salir lágrimas de la emoción.

Esta «Teresita» es la famosa Teresa Carreño (1853-1917), que entonces iniciaba, como niña prodigio, su fulgurante carrera. Pero tras ella hay otro personaje,

está en las talentosísimas manos de su hija; y su fortuna y su tiempo los invierte ahora en desbrozarle el camino que la llevaría a la celebridad internacional y a ser, con los años, un ejemplo de la «nueva mujer» que entonces comienza a perfilarse: autónoma, capaz de producir suficiente dinero como para mantener (y mantener bien) a su familia y como para escandalizar a la prensa del corazón con sorprendentes piruetas sentimentales, en las que cambia de amores sin importarle demasiado el qué dirán. Ese

¿Por qué preferimos cargos y prebendas gubernamentales? ¿Por qué no somos capaces de desentrañarle a nuestra tierra la riqueza que otros sí le sacan? Este es un lamento que arranca en la Sociedad Económica de Amigos del País, fundada en 1829, en la que las mejores cabezas se reúnen a estudiar los problemas y a proponer soluciones; un lamento que, con sus variantes, se mantiene hasta hoy

uno que casi se muere del susto ante la salida de la niña y que, con los años, se moriría de tristeza por sus desavenencias con ella. Es su *manager* y su papá. Lo ha dejado todo por la promesa que

hombre, que es el motivo de las presentes líneas, es también, probablemente, el primer caso de un emprendedor criollo o, por lo menos, el primero capaz de producir dos gigantescos éxitos comer-

ciales de alcance internacional y perdurabilidad. Se trata de Manuel Antonio Carreño (1813-1874).

Si crear emprendedores es un reto en la Venezuela de hoy, cuando el mundo está conectado, nada queda demasiado lejos y los estudios de negocios están extendidos, ¿qué decir de la Caracas de 1850, cuando Carreño está en los albores de su notoriedad? Basta un repaso por los textos de los pensadores que han fundado la república veinte años antes para encontrar, una y otra vez, el lamento por la falta de «espíritu empresarial» de los venezolanos; por una especie de inmovilismo que les impide organizarse para abrir caminos, para emprender negocios, para organizar teatros, colegios o bibliotecas. Son aquellos hombres de la década de 1830 liberales convencidos que tienen a Estados Unidos —«nuestros hermanos del Norte»— como ejemplo de hasta dónde puede llegar una república guiada por el mercado, la libre iniciativa y la creatividad. ¿Por qué, se lamentan, preferimos cargos y prebendas gubernamentales? ¿Por qué no somos capaces de desentrañarle a nuestra tierra la riqueza que otros sí le sacan? Es un lamento que arranca en la Sociedad Económica de Amigos del País, fundada en 1829, en la que las mejores cabezas se reúnen a estudiar los problemas y a proponer soluciones; un lamento que, con sus variantes, se mantiene hasta hoy.

Muchas han sido las causas aducidas, desde la espeluznante «herencia española» —en rigor, los españoles entonces se quejaban de lo mismo— hasta, en la siguiente generación, las taras que se creyeron encontrar en nuestra raza y nuestro clima. Setenta u ochenta años después, el petróleo, que en esto, como en prácticamente todo, no cambió a los venezolanos sino que nos dio la oportunidad de realizar nuestros sueños (por ejemplo, ese de vivir del Estado) resultará más formidable que «el mal de España», el catolicismo con sus culpas ante la riqueza, la negritud y la tropicalidad juntos: se convertirá en la renovada causa de seculares males. Es incluso algo peor, porque con todo y las lamentaciones de un Santos Michelena o de un Domingo Briceño y Briceño, aquella so-

ciudad tenía un grado de organización civil muchísimo más amplio de lo que imaginamos hoy. Era una república en la que lo fundamental —desde un muelle hasta el teatro; desde una trocha hasta las fiestas patronales— lo hacía eso que entonces llamaban (y ahora volvemos a llamar) sociedad civil (pero como era una sociedad civil tan pobre a nadie le dolió demasiado que el Estado petrolero hiciera más y, muchas veces, mejor).

Pues bien, Manuel Antonio Carreño es de los que sí quieren ser emprendedores. Está justo en la capa de la sociedad que más interesada ha estado, desde finales del siglo XVIII, en serlo: esos pardos y blancos de orilla que en los últimos años de la colonia empiezan a enriquecerse y que ven con muy malos ojos a las estructuras estamentales y a los prejuicios de casta de las élites criollas. Son los que ven en la unión con España un contrapeso a su excluyente aristocracia local y los que, en consecuencia, se espantan por la República mantuana de 1811. En fin, son los hombres de Monteverde y de Boves. Claro, hay excepciones. El padre de Manuel Antonio, el célebre músico Cayetano Carreño (1774-1836), expósito y hermano de Simón Rodríguez —habría que ver si sólo de crianza o de sangre—, con quien compartió alojamiento hasta cuando los dos ya andaban casados y cargados de hijos, y quien se encargó de su esposa cuando la revolución le ayudó a Rodríguez a zafarse de un matrimonio molesto; Cayetano, pues, fue patriota, como Robinson y como su vecino del mismo Callejón de Las Mercedes, Andrés Bello. Pero los tres adquieren otra dimensión cuando se los ubica en ese arrabal caraqueño donde viven isleños y pardos más o menos enriquecidos, músicos, artesanos, tinterillos de la Audiencia, maestrescuelas, pulperos que con un grandísimo esfuerzo pueden mandar a su hijo más inteligente a la universidad y buscarle un marido más o menos promisor a su hija más bonita, porque hay que ver lo que cuesta pagar un grado o reunir una dote decorosa.

Ellos, en cuanto clase, forman parte del conglomerado que se opone a la República hasta que ella les ofrece lo que están buscando: una posibilidad para





ascender. En los siguientes años serán uno de los motores políticos fundamentales de Venezuela. Son ese *pueblo* que a partir de 1840 se va con el Partido Liberal prometiéndole odio a la *oligarquía*, y que desde 1870 en adelante se las arregla para ocupar el poder con Guzmán Blanco. No son la mayoría, que está formada por campesinos, pero son la correa de transmisión entre el poder y ella, los mecanismos para controlarla y hasta para enamorarla. En fin, constituyen su promesa más firme, porque muchos son hijos o nietos de campesinos que gracias a las guerras se hicieron generales o coroneles y pudieron escalar las jerarquías de aquella sociedad. Al siglo, el petróleo, otra vez, terminó de abrirles las puertas, permitiendo que lo que era restringido —en cuanto a los hechos, no a los sueños— se hiciera bastante más general.

En fin, Carreño, que no es liberal sino conservador —porque esas cosas también pasan: de hecho es uno de los hombres de la Sociedad Económica de Amigos del País— va, casi sin sospecharlo, a darle a este conglomerado una de sus armas más formidables; una que logró resumir tan bien sus aspiraciones que no sólo se ha mantenido vendiéndose desde entonces, sino que se copió en el resto de un continente. Se trata de uno de esos libros que responden al tipo de literatura más íntimamente ligada al nuevo tipo de hombre que es el emprendedor capitalista y que por eso siempre se vende bien: la autoayuda (aunque el suyo antecede en un lustro al primero titulado así, *Self-help*, de Samuel Smile).

En efecto, Carreño, que pese a haber heredado las dotes musicales de su padre siempre se dedicó a los negocios y llegó a tener fama de ser un verdadero mago de las finanzas, negociando papeles y elaborando estrategias con las que salvó más de una casa comercial (y no pocas veces al Gobierno, que periódicamente lo llamaba para apagar incendios), en 1841 se decide por una actividad que acaso pueda sorprender: monta un colegio. La élite caraqueña necesita de estos establecimientos, se queja de que, salvo el «Independencia», de Feliciano Montenegro y Colón, no los hay con la calidad suficiente; y en-

tonces nuestro personaje ve la oportunidad, monta con Francisco Javier Yanes hijo el Colegio Roscio, lo promueve, lo hace exitoso y, la verdad, pronto vende su parte (suponemos que la vendió) y se va a un cargo público. Lo notable es que ese colegio ofrecía, como era obligatorio entonces, clases de urbanidad. Es una herencia del currículo impuesto por los liberales españoles en 1820, que pervivió en la República. Se trataba de esas normas de etiqueta que le permitirían a cualquiera que las tuviera brillar en so-

Si crear emprendedores es un reto en la Venezuela de hoy, cuando el mundo está conectado, nada queda demasiado lejos y los estudios de negocios están extendidos, ¿qué decir de la Caracas de 1850, cuando Carreño está en los albores de su notoriedad?

ciudad. Esas herramientas que necesita el burgués en su ascenso y que está dispuesto a arrebatarse, como le ha arrebatado todo lo demás, a la aristocracia.

Es decir, justo lo que andaban buscando ese montón de pardos y blancos de orilla que tienen algunos pesos en las alforjas y anhelen ocupar el espacio que el mantuanaje quebrado no quiere dejar. La urbanidad informa cómo hablar, cómo caminar, cómo vestirse, cómo gesticular, cómo dirigirse en el teatro, en la iglesia, en la plaza. Cómo, al menos, *aparentar* ser un triunfador. Feliciano Montenegro ha publicado en ese año un manual al respecto, las *Lecciones de buena crianza, moral y mundo*, que obtienen gran éxito. Y Carreño ve otra oportunidad. Asume las clases de urbanidad en su colegio y empieza a organizarlas, a redactarlas. Frente a Montenegro es más flexible; las relaciona mejor con los principios cívicos y religiosos que la República requiere; hace, de hecho, una cartilla de republicanismo. Pero no la publica enseguida. Pasan los años, deja madurar las cosas, incursiona en un par de negocios más, que no siempre le salen tan bien, y en 1854 aparece en Caracas y en Nueva York (porque Carreño entiende que al editar en Nueva York las oportunidades son mayores) su famosísimo *Manual de urbanidad y buenas*


maneras. Aquello es una explosión. Una reacción en cadena: en los siguientes años lo reeditan en todos los países de Hispanoamérica y en Estados Unidos. Es, acaso, lo que hoy alguien llamaría la primera «marca global» venezolana. Desde 1855 el Estado venezolano lo impone como texto obligatorio en las escuelas. Pero hasta en Cuba, que sigue de colonia española, se lo adopta. La combinación de entender bien las necesidades de un continente (explicar, de forma rápida y sencilla, cómo ser republicano

y moderno), junto al atino de lanzarlo desde Estados Unidos, aunado a la calidad intrínseca del manual, hicieron de Carreño un autor clásico y, largamente, el venezolano más editado de la historia, por encima, largamente, de Andrés Bello y Conny Méndez.

Pero aún la vida le tenía un reto más. Su tercera hija, Teresa, nacida en 1853, ha resultado una maravilla en el piano. Una maravilla incluso en una familia como la suya, de buenos músicos. Asombrados los familiares, pasa a asombrar a una Caracas en la que, qué decir los niños prodigio... los virtuosos de cualquier índole son extraños. Además, las cosas en el país no van bien. Tienen tiempo que no lo van. Ha estallado la Guerra Federal. La República se desmorona a pedazos, se empantana en su sangre. Carreño, naturalmente, está con Páez, pero el futuro es incierto y la niña está resultando verdaderamente buena (ha sorprendido al Centauro al componerle una polka). La oportunidad de nuevo se pinta en el horizonte: en Venezuela el destino de Teresita, como el de todos, es un acertijo lleno de presagios oscuros; en Nueva York no hay dudas de que al menos encontrará un buen conservatorio para estudiar. Entonces hace la gran apuesta. Será ahora su empresario musical.

Por eso, cuando la niña deslumbra en la Casa Blanca y cuando la agenda de conciertos está llena, siente que ha hecho otra apuesta correcta. Los liberales finalmente ganaron la guerra y ahora más que nunca su estadía en Venezuela resultaría incómoda. Vendrán las capitales europeas, el éxito... ¡París! Pasan más años y la niña se hace mujer y se convierte en una promesa cumplida. Es, claro, arisca, la fama se le ha subido un poco a la cabeza. Más que regularmente bonita a sus quince años, ganando dinero, famosa: el padre no puede hacer de ella el modelo que su *Manual* impone. Teresa pronto siente que el papá le estorba y lo desobedece yéndose detrás de un amor que resultó un desastre, como casi todos los que tendrá. Se marcha y lo deja solo en París. Está ya algo viejo, pero, talentoso, emprendedor y con algunos buenos francos en los bancos, logra reinventarse una vez más: ahora se hace famoso como profesor de piano. La gente lo requiere para que descubra los secretos que llevaron a su hija hasta donde está. Muchos pensarán que no había ningún secreto, sino pura genialidad. Hay de eso, hasta que en los archivos de un College de Nueva York apareció su curso para piano, que dejó inédito y que por la vía de algún anticuario llegó hasta allí. Es de una innovación total. Es el testamento de un hombre que hasta el final de su vida supo ver oportunidades y aprovecharlas con creatividad.

Teresita termina el concierto. El presidente y todos aplauden a rabiar. Manuel Antonio suspira aliviado. Ha salido todo bien. Ha sido otro episodio en el que nuestro primer gran emprendedor criollo supo triunfar.

Nota: este artículo no hubiera podido escribirse sin el concurso de la estupenda biografía de Manuel Antonio Carreño publicada en el volumen 12 de la Biblioteca Biográfica de El Nacional, escrita por Mirla Alcibiades, verdadera redescubridora del personaje, que aporta datos esenciales sobre su vida. 

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello